

**Yael
Martínez:
Fotografiar
la ausencia**

Por Diego Lizarazo Arias

Yael Martínez: Fotografiar la ausencia

Diego Lizarazo Arias

Diego Lizarazo Arias

Profesor-investigador de Tiempo Completo en la Universidad Autónoma Metropolitana (México). Doctor en Filosofía. Especialista en estética de la imagen y la cultura. Premio de Investigación en Ciencias Sociales 2008. Premio de Investigación en Humanidades 2007. Premio de investigación en filosofía estética 2009.

Theodor Adorno ha planteado que el arte constituye una forma sustancial de encarar la violencia de un poder que no sólo destruye el cuerpo, ahoga la vida y controla la existencia. Un poder que busca desaparecer incluso el recuerdo del otro, de su víctima. Esa fuerza destructiva que no se ha bastado con la aniquilación, sino que incluso busca desaparecer el recuerdo, la huella de tiempo de quien estuvo en el mundo. Para Adorno no es la información, ni siquiera la reconceptualización de la violencia lo que permite dar cuenta de esa extinción del recuerdo que busca esta violencia mayúscula. Solo el arte tendría alguna posibilidad de aproximarse a esa realidad concreta de la pérdida, de la socavación existencial y específica (Adorno, 2004). El arte como fuerza de reconstitución de una memoria herida por la ausencia, por la incertidumbre y el dolor. Adorno que orientó parte sustancial de su trabajo intelectual a descifrar el horror de los sistemas totalitarios, visibilizó también la posibilidad del arte para enfrentar la violencia de la supresión y la desaparición.

La casa que sangra, el devoto trabajo del fotógrafo guerre-
rense Yael Martínez, contiene como un impulso existencial
y creativo, el sentido de esta clarificación de Adorno. Pero
su oriente no es la refiguración de la víctima, o su narrati-
va; sino la experiencia que aflora en quienes tienen la pér-
dida, en los núcleos humanos donde, una vez ejercida la
horadación, acaece el abatimiento que produce la forzada
ausencia. Con ello Yael Martínez da cuenta tanto del acto
de poder infame que ocluye la vida singular de su víctima,
como de la segunda violencia; aquella que se ejerce sobre
sus deudos. Doble significación, doble experiencia se pone
en juego en su trabajo icónico: la de dar cuenta de la mul-
tiplicación de este dolor; y la de ser tentativa para redimir
a las víctimas y quienes los esperan, a través de una re-
memoración sensible y creadora. La “Casa que sangra” se
precipitó a partir de la pérdida de parientes cercanos que el
fotógrafo vivió en el 2013:

“ El año pasado perdimos a tres miembros de la fa-
milia de mi mujer. Después de estos acontecimientos em-
pecé a documentar a la familia y traté de plasmar las frac-
turas psicológicas y emocionales que genera una pérdida
en el núcleo familiar ” (*Martínez, 2015*)



*Luna de sangre. De la serie La casa que sangra - II Raíz rota
2015 / 46 x 70 cm / Fotografía digital inyección de tinta sobre
papel algodón 300 gr*

Pero su trabajo se ha planteado en una condición más transversal, al subsumir el propio dolor a la condición de otras familias que han encarado la misma tragedia, y al elaborar estéticamente esta correspondencia de la experiencia. Yael Martínez ha efectuado un tránsito fotográfico que también es un tránsito existencial: de la elaboración documental de su propia pérdida, a la elaboración existencial de la pérdida de los otros; este es un doble movimiento: porque dar cuenta del dolor propio como obra, es abrirse a los otros (a las otras familias que experimentan un daño análogo), la significación ya no es privada sino compartida, y en algún sentido transferida al ámbito en el que otro la requiere; y después, ese es el proyecto declarado por el fotógrafo: encaminarse a documentar la experiencia de los otros, lo que constituirá, de regreso, una forma de abordar su propio dolor. Pero la posibilidad de sentido de esta experiencia, reposa justo en aquello que hemos recordado, a propósito de Adorno, en la recuperación de la pura documentación fotográfica, en una elaboración nueva: en su lugar estético. Más que el trabajo de un fotoperiodista, lo que Yael Martínez nos ofrece es una profunda y sutil revelación de la vivencia encarnada, abismada, de dicha situación, en la que el valor y la fuerza poética de sus imágenes logra presentificar tanto la pérdida, como el lugar, la figura advertida, de quien está ausente.

¿Cómo se fotografía el vacío? No mediante una imagen abstracta. El vacío está aquí, en las fotografías de Martínez. Es un vacío concreto, en un espacio que exhibe algo que se ha detenido: La fotografía no sólo lleva las marcas de la casa rural, con los signos de la vulnerabilidad y de la cotidianidad carente; sino que conduce la impresión, tanto de un acontecimiento detenido, como de la supresión de las acciones subsecuentes. En la habitación solo están los objetos (una mesa, unas bolsas, lo que parece una escoba), que yacen en las orillas, como aguardando a ser usados. Por el piso de madera rústica y reventada, se encuentra regada una multitud de pétalos de unas flores (que parecen ser crisantemos blancos) arrumbados al lado de las bolsas [1]. Desconocemos la razón de este estado de cosas, ignoramos si es un accidente, los residuos de una tarea, o la cancelación de una ceremonia. Pero la fotografía da cuenta de algo que quedó sin concluir, la dispersión de los pétalos y la condición de las flores muestran un acto sin cierre, o quizás incluso un desánimo, una apatía en el espíritu que desiste el desenlace (recoger los restos y refuncionalizar el lugar).



Al igual que en otras fotografías de la serie, hay cierta impresión de abandono de las cosas, como si en algún punto los quehaceres cotidianos antes llenos de vida, se dejaran, perdieran su valencia y entraran en ese ámbito de lo que se hace por inercia. Las cosas abandonadas como en la fotografía de la red sobre el pasto, adquieren en la imagen de Yael Martínez una especie de laconismo que, por la iluminación, por la naturaleza de la impresión, resaltan la desolación [2], o incluso muestran el estado de la ruina [3] cavada en esa tierra en la que se sumergen las losas agrietadas, como los recuerdos de momentos quizás felices, de trozos enterrados de la vida. Un hálito de abandono atraviesa las imágenes: pero no solo es un abandono físico, se trata especialmente de un abandono emocional en su doble sentido: algo que se ha ido, que nos ha dejado; y un auto abandono, como un decaimiento profundo que, cuando menos por momentos, nos suelta en el olvido [4]. El vacío se denota también cuando se advierten las huellas de quien ya no está, y de alguna forma, su presencia ha quedado impregnada por todos los lugares que cohabitamos.

*(1) Sin título de la serie La Casa que sangra
Inyección de tinta sobre papel de algodón / 46 x70 cm / 2014*



*(2) Vestigios De la serie La Casa que sangra - II La raíz rota
Fotografía digital inyección de tinta sobre papel de algodón
66 x 100 cm / 2014*



*(3) Sin título de la serie La Casa que sangra
Inyección de tinta sobre papel de algodón / 66 x 100 cm / 2014*



La fotografía enfatiza la vaciedad de la habitación, al mostrar en la pared, la sombra de una persona, que sin estar allí, proyecta su presencia. La sombra está aquí dislocada: porque la pared devuelve la silueta de una imagen de la que no vemos su referencia. La sombra nos dice simbólicamente que la persona no está, pero su presencia, por el deseo y el dolor, se siente a diario, en esos objetos que lamen las orillas de los cuartos (la silla vacía apretada contra la pared), y la oscuridad del fondo de la habitación, apenas resistiendo a la oclusión del sol con una luz disminuida. La sombra ocupa el lugar que moja la luz diurna, el vacío está en la zona de la luz de noche [5]. Casi todas las fotografías son nocturnas, tristes. La tristeza no solo aparece en las actitudes y las expresiones de las personas escasamente mostradas por las imágenes, la tristeza es un tono, o quizás un clima de los lugares y las cosas; Yael Martínez ha logrado dar cuenta aquí, de una suerte de ánimo de los objetos: porque el atado de troncos que se encuentra suspendido del techo, carga una nostalgia casi esencial [6], como la de la fogata extinta [7].



*(5) Hombre en llamas Sin título de la serie La Casa que sangra
Fotografía digital inyección de tinta sobre papel de algodón
46 x70 cm / 2015*



*(6) Sin título de la serie La Casa que sangra
Inyección de tinta sobre papel de algodón / 46 x70 cm / 2014*



(7) Sin título de la serie La Casa que sangra / 2014

La casa lleva adherida a sus paredes la expresión clara de un amor truncado, una expresión esperanzada del regreso y un testimonio de la ansiedad y la necesidad de escribir sobre los muros lo que se siente y lo que se añora, de dar evidencia de una situación del alma: las fotografías de los ausentes forman un corazón que procura de alguna forma exteriorizar ese grave estado de existencia [8]. La mayoría son fotos de identificación, y solo un par de ellas, por sus bordes ovalados, muestran que fueron tomadas bajo otra expectativa, más allá de las exigencias de los trámites y los registros. Pero ahora todas las fotos adquieren un nuevo sentido, se han expandido, intensificado, han desbordado su valor puramente institucional y adquieren una densidad humana, afectiva, casi ontológica; como lo adquiere también la figura convencional del corazón formado con ellas sobre la pared. La convención se encuentra superada por el agobio de la existencia, pero también por la expresión del amor concreto e interminable: el corazón acopia sentimientos, recuerdos y esperanzas. Pero esa tristeza, y esa huella del otro está también escrita en los cuerpos; que muestran el lugar en el que reside, en el que se ubica la agobiante ausencia: un viejo pone su mano en el corazón, en la que constituye quizás la imagen más sustantiva y de mayor pregnancia poética de la serie [9].



(8) Sin título de la serie *La Casa que sangra*
Inyección de tinta sobre papel de algodón / 46 x 60 cm / 2014



La camisa está trazada por tres signos: el paso del tiempo, el deterioro de la tela, que muestra los años en ella decantados, en continuidad con la rugosidad añosa de la piel del hombre; la pobreza expresada por la tela muy delgada, por el estilo de la prenda, por la forma en que se porta en ese cuerpo, entrañable y cansado; por último: el trabajo duro. La camisa lleva las manchas, el polvo y la tierra ya impregnados con los años de ardua labor, de esfuerzo diario, implacable. Pero es especialmente en la propia piel donde estos signos y otros, manifiestan el mundo y la persona que se encuentra ante nosotros: las manos gruesas y expresivas, tocando el corazón: el centro de la vida, del ánimo. Las arrugas, los brazos venosos y poblados con los lunares de la edad. Manos fuertes, pero ahora expuestas y manifestando una ternura que quiere llegar hasta dentro, donde están guardados los suyos, ahora inasibles. El rostro anciano, con una palabra a punto de brotar o guardada, casi reprimida. Un rostro del que solo vemos el mentón y los labios, y que nos lleva, gracias a la cercanía, a la intimidad del encuadre y del gesto que realiza el anciano, a la correspondencia, a la reciprocidad, a la necesidad de comprender y de acompañar. Yael Martínez se ha planteado explícitamente la necesidad de producir una obra fotográfica que alcance una doble “correspondencia”: que sus imágenes alcancen

*(9) Roto De la serie La Casa que sangra-II La raíz rota
Fotografía digital inyección de tinta sobre papel de algodón
46 x70 cm / 2014*

a otros que han padecido la misma ignominia, y que sea posible ver que este drama individual es también un drama colectivo. Ha conseguido las dos cosas: porque sus fotografías nos permiten palpar esas vaciedades y esa dificultad infinita por remontar la vida cuando se ha roto; con ello ha conducido el dolor de tantos otros que hoy viven en México, en Guerrero, este drama infausto. Con ello ha logrado mostrar la tesitura profunda del desgarramiento social en el contexto del narcotráfico, la corrupción institucional y la confusión y el desamparo social. Pero no lo ha hecho con generalizaciones, con simbolismos ajenos o impostados, lo ha hecho con la elaboración poética de su propia cercanía, del dolor que lo toca y comparte con él la casa. Este proceso es también una ruta significativa de reivindicación de la vida y la experiencia; intensa revalidación cuando incluso, en el horror vivido, se dignifica la vida aún en sus más extremas fragilidades. Reivindicación de un amor a los ausentes, que se vuelve mirada, transferida para nosotros, por el mecanismo estético, y especialmente ético de la fotografía: Yael nos da su mirada, para animarla en nuestros ojos.

Referencias:

Adorno, Th. Teoría estética, Akal, Madrid, 2004

Martínez, Y. En: FOCO Fotografía contemporánea:

<http://foco.me/yael-martinez-la-casa-que-sangra/>, 24/07 / 2015

Durango 75, Col. Progreso Tizapán

C.P 01080 Ciudad de México

52 (55) 56682244 / 52 (55) 55952139

asistenciadireccion@myartecontemporaneo.com

www.myartecontemporaneo.com

